

Modernización agraria en Gipuzkoa: Oñate y Yurreamendi (1851-1869)

Agrarian modernization in Gipuzkoa:
Oñate and Yurreamendi (1851-1869)

Pedro BERRIOCHOA AZCÁRATE

Instituto Valentín de Foronda. UPV-EHU
Ingeniero técnico. UPNA

Resumen: El primer objetivo de este artículo es demostrar que Gipuzkoa, al igual que sus provincias hermanas vascas, ha tenido una importancia agraria que no ha sido bien recogida por su historiografía. Asimismo, a través del texto se trata de subrayar la trascendencia que le dieron las instituciones forales vascas al sector agrario. Frente a cierta inanidad por parte del Estado, las administraciones forales nos aparecen como pioneras en los intentos de modernización del agro vasco.

En este contexto tenemos que enmarcar a Oñate y a Yurreamendi, dos instituciones agrarias isabelinas. Oñate fue una Escuela Práctica de Agricultura (1851-1869) surgida tras el Plan Pidal que formó peritos agrícolas en una época de indefinición educativa y pedagógica. Yurreamendi (1856-1867), una casa-modelo en Tolosa, fue un centro de experimentación agraria impulsado por las instituciones forales para mejorar la productividad del caserío.

Las conclusiones del trabajo refuerzan lo dicho en los objetivos y pretenden aportar un conocimiento novedoso a la historia agraria vasca y española. Al mismo tiempo, pretenden subrayar los cambios graduales modernizadores que conoce el agro español a través del siglo XIX.

Palabras clave: Gipuzkoa; siglo XIX; instituciones; modernización; sector agrario.

Summary: The first goal of this article is to demonstrate that Gipuzkoa, like the other Basque Provinces, has had an agrarian importance that has not been well covered by its historiography. In addition, the text seeks to highlight the relevance that the Basque provincial institutions gave to the agricultural sector. Faced with a certain inanity on the part of the State, the regional administrations appear to us as pioneers in the attempts to modernize the Basque agriculture.

In this context we have to frame Oñate and Yurreamendi, two Elizabethan agrarian institutions. Oñate was a Practical School of Agriculture (1851-1869) that emerged after the Pidal Plan, which trained agricultural experts in an era of educational and pedagogical indefinición. Yurreamendi (1856-1867), a model house in Toulouse (Gipuzkoa), was a centre of agrarian experimentation promoted by the provincial institutions to improve the productivity of the farm.

The conclusions of the work reinforce what was said in the objectives and aim to contribute a novel knowledge to the Basque and Spanish agrarian history. At the same time, they intend to underline the gradual modernizing changes that the Spanish agriculture faces throughout the nineteenth century.

Keywords: Gipuzkoa; nineteenth century; institutions; modernization; agrarian sector.

Sumario: I. Introducción. II. Los estudios de historia rural vasca. III. El músculo agrario de Gipuzkoa. IV. El precedente ilustrado de la RSBAP V. La Escuela de Agricultura de Oñate (1851-1869). VI. La Casa-Modelo de labranza de Yurreamendi (1856-1867). VII. Conclusiones.

I. Introducción

El presente trabajo pretende sacar a la luz aspectos olvidados de la historia contemporánea de la provincia de Gipuzkoa, la Provincia por antonomasia, aunque sea la más pequeña de las vasco-españolas.

Nuestro pequeño territorio, que no llega a los 2000 km², ha sido estudiado y observado de una forma algo esquizofrénica. Cuando se trata de remarcar su identidad recurrimos a la imagen del mundo rural con todos sus aditamentos: el caserío (*baserría* en vascuence), el casero y la casera (*baserritarrak*) con sus vestimentas fosilizadas a caballo entre los siglos XIX y XX, los almiares (*metak*) o algún instrumento singular como la laya son sujetos y objetos de un cierto culto identitario y turístico. Nos acogemos a sagrado. Sin embargo, si se trata de reflejar la historia de la provincia se hace hincapié en lo más moderno: nuestra contribución a la navegación y a la pesca, el comercio internacional, la peculiar industrialización, nuestro distintivo régimen foral, las modernas ideologías como el nacionalismo, el movimiento obrero, etc. En nuestros días parece que el azote de la violencia política y del terrorismo y su «relato» van a ocupar buena parte de la labor de nuestros historiadores.

De alguna forma somos tradicionales, casi «esenciales», en nuestro *ethos* pero más modernos que nadie en nuestra praxis: soñamos en una especie de Holanda o Inglaterra en pequeño; en pequeñísimo, evidentemente.

Así, lo rural ha tenido un amplio recorrido en nuestras manifestaciones artísticas. La música, la pintura, la arquitectura, la literatura... han encontrado en el caserío vasco-atlántico un filón de inspiración extraordinario. Y, sin embargo, para la historia, parece más bien un territorio intocable.

Este pequeño trabajo quiere mostrar que Gipuzkoa fue una región agraria, que tuvo iniciativas institucionales agrarias tempranas, y que existía una realidad rural importante y novedosa.

Asimismo, el trabajo quiere contribuir a la voladura del mito «intrahistórico» de un sector agrario español ensimismado, refractario al cambio, atrasado; a la imagen de un agro de secarral polvoriento y plagado de moscas. La realidad agraria fue, sin duda, más compleja.

II. Los estudios de historia rural vasca

La historia rural, ya lo hemos señalado, no goza de buena salud ni en Gipuzkoa ni en el País Vasco. Por ese carácter identitario que afecta a la fibra «nacional» del país, lo agrario ha sido observado desde un punto de vista inmutable y esencial. Una entidad casi sagrada y, por lo tanto, difícilmente analizable y sujeta al trascurso histórico.

Este hecho ha propiciado que hayan sido otras disciplinas las que han hurgado en el mundo del caserío. Particular interés por él han tenido la etnografía y la antropología, especialmente la primera. Buena parte de los trabajos agrarios se han ocupado de los aperos, las técnicas, la indumentaria..., en monografías de tipo local. Quizás la figura más descollante por su hacer científico fue el etnógrafo Telesforo Aranzadi.

Particular interés tuvieron los trabajos que la Sociedad de Estudios Vascos/Eusko Ikaskuntza llevó a cabo en los años 1920 y 1930, bajo la dirección de José Miguel de Barandiaran, y que se desarrolló a través de su red de clérigos. Son trabajos que van más allá de lo anecdótico o lo material y que enlazan el mundo rural con la evolución de la arquitectura, con la religión, con el asociacionismo, etc. El propio Barandiaran llevó ese análisis al estudio del mundo rural en Sara, una localidad vascofrancesa¹, durante su exilio luego de la Guerra Civil.

Una figura cuya sombra es alargada es la de Julio Caro Baroja. Sus trabajos, centrados especialmente en la regata del Bidasoa, destilan ese aroma crítico de la simbiosis entre antropología, etnografía e historia².

Antropólogos americanos como William A. Douglass³ o Davydd Greenwood⁴ han desarrollado también excelentes trabajos monográficos en la década de 1970.

Durante la Restauración hubo también importantes trabajos de tipo técnico, bien de tipo agronómico, bien relacionados con la veterinaria. Para Gipuzkoa descuellan los del agrónomo Comba, los del político y científico Vicente Laffitte o los del veterinario Luis Saiz.

La arquitectura rural ha sido ampliamente estudiada. Reseñable fue la aportación del arquitecto suizo Baeschlin⁵. Actualmente, cobran interés los excelentes trabajos de Alberto Santana y su equipo⁶.

En los últimos tiempos han aparecido algunos trabajos históricos más generales. Ander Delgado ha hecho trabajos sobre el campo, en lo que él llama «la

1. José Migual Barandiaran, *Bosquejo etnográfico de Sara*, Ataun, Fundación José Miguel de Barandiaran, 2000 [1963].

2. Julio Caro Baroja, *Los Vascos*, Madrid, Istmo, 1971; ídem, *De la vida rural vasca*, San Sebastián, Txertoa, 1974.

3. William A. Douglass, *Oportunidad y éxodo rural en dos aldeas vascas*, San Sebastián, Auñamendi, 1977 [1975].

4. Davydd Greenwood, *Hondarribia: riqueza ingrata*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1998 [1976].

5. Alfredo Baeschlin, *La arquitectura del caserío vasco*, Bilbao, Biblioteca Vascongada Villar, 1968 [1930].

6. A. Santana, J. A. Larrañaga, J. L. Loinaz y A. Zulueta, *La arquitectura del caserío de Euskal Herria. Historia y Tipología*, Vitoria, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, 2001.

otra Bizkaia», esto es, la más rural, aquella alejada del Gran Bilbao⁷. Igualmente, Mikel Aizpuru ha incidido en el asociacionismo sindical nacionalista en la II República a través de los congresos de la SEHA o de las páginas de esta revista⁸. En Álava parece que no encuentra trabajos agrarios históricos más allá de los interesantísimos de Jesús Mari Garayo⁹.

Lo rural se encuentra también en obras de historia de Gipuzkoa más generales, como los excelentes trabajos de Fernández Albaladejo¹⁰ sobre el fin del Antiguo Régimen o los de Luis Castells¹¹ o Félix Luengo¹² sobre la Restauración.

Personalmente he hecho una modesta aportación a la historia agraria y cultural del caserío a través de mis trabajos desde 2007. Algunos han tenido cierta difusión, pero en otros esta ha estado limitada al ámbito de las publicaciones locales o regionales. Este artículo pretende difundir estos trabajos que se han publicado en los *Boletines* de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País (RSBAP)¹³, en un libro local¹⁴ o en otro con un ámbito más amplio¹⁵.

III. El museo agrario de Gipuzkoa

Frente a la idea o a la leyenda dominante, hay que afirmar con rotundidad que Gipuzkoa fue una región mayormente agraria hasta la década de 1920. Los datos estadísticos de este año desmienten la anterior afirmación, pues tienen solo en

7. Ander Delgado, *La otra Bizkaia. Política en un medio rural durante la Restauración (1890-1923)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2009.

8. Mikel Aizpuru, «El agrarismo guipuzcoano y el nacionalismo vasco (1920-1933)», *Historia Agraria*, 69 (2016), pp. 167-194.

9. Jesús M^a Garayo, «Granja Modelo de Álava: análisis social y difusión tecnológica (1855-1888)», en *Pensamiento agrario vasco. Mitos y realidades (1766-1980)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1995, pp. 137-184.

10. Pablo Fernández Albaladejo, *La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa 1766-1833. Cambio económico e historia*, Madrid, Akal, 1975.

11. Luis Castells, *Modernización y dinámica política en la sociedad guipuzcoana de la Restauración*, Madrid, Siglo XXI-Universidad del País Vasco, 1987.

12. Félix Luengo, *Crecimiento económico y cambio social, Guipúzcoa 1917-1923*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1990.

13. Pedro Berriochoa, «Para limpiar las colmenas (...) una cuerda de clavicordio. Agrarismo en los inicios de la Bascongada», *Boletín de la RSBAP (LXX)*, 2014, pp. 115-162; ídem, «Empirismo agrario en la Bascongada (y II)», *Boletín de la RSBAP (LXXI)*, 2015, pp. 269-314.

14. Ídem, *La Escuela de Agricultura de Oñati (1851-1869) y su época*, edición propia, 2015.

15. Ídem, *Prácticas agrarias y relaciones sociales: la Casa-Modelo de labranza de Yurreamendi, Guipúzcoa, 1856-1867*, Madrid, La Catarata, 2016.

cuenta el trabajo femenino de la mujeres en la industria y en los servicios, pero solamente el de las mujeres viudas en el caserío. La invisibilidad del trabajo femenino oculta la preponderancia de la población activa rural.

De todas formas, el mundo del caserío empezaba ya a retroceder ante una industrialización y una urbanización crecientes. Muchos caseríos pequeños, pobres, alejados y en lugares imposibles empezaron a deshabitarse. Comenzaba eso que entonces se conoció como «el problema del caserío» y que después se tradujo en «la crisis del caserío». Se puede afirmar que no hemos salido de esta cuesta abajo del agro en el último siglo.

Sin embargo, hasta entonces, y durante los siglos XVIII y XIX, el caserío fue una institución productiva y reproductiva, que, ya perfilada a fines de la Edad Media, colonizó el monte. La llamada «revolución del maíz» de fines del siglo XVII y a través del XVIII, y las desamortizaciones de las tierras concejiles, que en Gipuzkoa fueron más tempranas que en España debido a las costosas guerras que la asolaron, convirtieron en suelos cultivables tierras altas de pasto y bosque. La provincia llegó a contar entre 12000-16000 caseríos. Los algo más de 7 habitantes por caserío nos indican que cerca de 100000 personas vivían en el caserío a mediados del siglo XIX. Se trataba de cerca de dos tercios de la población de esta época.

Tampoco se puede hablar de una distinción muy clara entre el caserío y la urbe. En las villas guipuzcoanas se amontonaban las vacas, los bueyes para el transporte, los cerdos, las gallinas, las huertas y los campos de labor. La propia San Sebastián que a mediados del siglo XIX no contaba todavía con 20000 habitantes, era la población guipuzcoana con mayor número de caseríos. El número de ellos pasó de cerca del millar a principios del siglo a la mitad a finales de la centuria.

Los caseríos guipuzcoanos (*baserriak*) pertenecen al tipo de caserío atlántico vasco, caracterizado por su poblamiento disperso y la pequeñez de una explotación de tipo familiar. La media de su superficie se situaría en torno a las 5 ha, de las que cerca de dos eran tierras de labor. La rotación tradicional (trigo-nabo forrajero-maíz) era la más usual en el interior y en el medio-oeste de la provincia. Otras rotaciones, que tenían como eje al maíz unido a plantas más forrajeras, se habían impuesto ya en el este de la provincia para el siglo XVIII. La huerta, los pocos prados, los abundantes manzanales y el bosque cerraban el capítulo de los «pertenecidos» del caserío anterior al siglo XX.

Precisamente, en la segunda mitad del siglo XIX se empiezan a dar los pasos para el cambio de un paradigma de caserío cerealista a otro más forrajero y ganadero vacuno que se va a imponer con contundencia (para) antes de la última guerra civil.

Frente a los eufónicos *etxejojaun* y *etxejoandre* (señor y señora de la casa), los caseros guipuzcoanos eran arrendatarios pobres (*maizterrak*) en una proporción de más de tres cuartos, a mediados del s. XIX. Posteriormente, muchos colonos

compraron sus tierras, pero todavía antes de la Guerra Civil la proporción de inquilinos rondaba el 60%. El pago, en un tiempo en forma de aparcería, era ya como renta y tendió hacia la monetarización. El rendimiento para el propietario apenas superaba el 2% del capital, pero el valor de la tierra era muy alto, solo comparable al de la Albufera valenciana. Sus propietarios más importantes constituían una pequeña nobleza, denominada los *jauntxos*, que fue la clase que mayormente dominó las instituciones forales provinciales.

A pesar de que durante el siglo XIX el hambre de tierras obligara a la partición de muchos caseríos, el caserío era teóricamente indivisible. Uno de los hijos o de las hijas (en cerca de un tercio de los casos) se quedaba «para casa». Los demás eran expulsados o bien sometidos a una eterna soltería. Las dotes eran el sistema para preservar el derecho castellano, pues Guipúzcoa no ha contado con un derecho privado rural propio hasta hace bien poco.

Desde 1794 a 1876 un ciclo bélico infame irrumpió en la provincia. Tres invasiones francesas, dos guerras civiles, guerrillas, ejércitos británicos y portugueses, forales y estatales de todos los colores se batieron el cobre sobre las tierras guipuzcoanas, en la puerta de España hacia Francia. Los caseríos y los caseros sufrieron constantes exacciones de todo tipo. Igualmente, los periodos de malas cosechas que afectaban al maíz obligaron a realizar importaciones masivas de este cereal por parte de la Diputación hasta el Sexenio. Todos estos factores, junto a una tardía industrialización, llevaron a una emigración masiva americana, mayormente al Río de la Plata¹⁶.

En este contexto histórico de mediados del siglo XIX, surgen Oñate y Yurreamendi dos iniciativas pioneras agrarias en una provincia rural con problemas. Sin embargo, estas iniciativas no cayeron en saco roto. Un deseo de mejora y de cambio anidaba en el corazón de la provincia desde las iniciativas de aquella institución ilustrada por excelencia que fue la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País (RSBAP).

IV. El precedente ilustrado de la RSBAP

Todos sabemos que la primera de las sociedades ilustradas del país, y una de las más importantes, fue la RSBAP. En torno a unos *jauntxos* ilustrados, el conde de Peñaforida y sus caballeros de Azkoitia, se creó una sociedad que desde

16. María Concepción Santiso, *Los vascos y América. Cien años de torrente migratorio hacia América. Diáspora vasca y enganchadores (1830-1930)*, Bilbao, Fundación BBV, 1998.

1763¹⁷ ideó, ensayó y puso por escrito las bases de una transformación mayormente económica del país¹⁸.

La Sociedad partía de un precedente europeísta. Proponía para «la nación bascongada» las iniciativas que se desarrollaban en países como Francia o Inglaterra. Los Amigos contaron con la real protección y se fijaron más en el agrarismo británico y francés (Tull, Duhamel, Patullo...) que en la propia fisiocracia francesa. Fue su teórico Arriquirbar quien sentó las bases de una economía equilibrada y compensada en la que lo agrario, las ferreerías y el comercio fueran complementarios¹⁹.

Fruto de este pensamiento, la RSBAP nunca pretendió realizar una revolución agraria²⁰. Al contrario, pensaba que las prácticas agrarias que se desarrollaban en el «jardín» provincial guipuzcoano eran las correctas: no había barbecho, se abonaba con regularidad, la rotación tradicional incluía plantas forrajeras... Por otro lado, tampoco pretendió un reforma de la propiedad o del tipo de explotación «a lo grande», siguiendo el modelo inglés o lo propuesto por los fisiócratas. Los ilustrados, *jauntxos* propietarios en su mayoría, pensaban que el sistema de colonato con arrendamiento, en teoría el sistema de la pequeña propiedad (como quería el propio Arriquirbar), era el óptimo para el país.

Su afán fue convertir en más intensivo un tipo de explotación que ya lo era previamente. Multiplicar las especies, ensayar variedades nuevas, introducir cultivos nuevos como la patata o las forrajeras (alfalfa, trébol, esparceta...), realizar abonados novedosos (la marga) o intensificar la explotación del bosque mediante los viveros van a ser sus objetivos. Todo este empirismo agrario va a quedar reflejado en los *Extractos* (1771-1793)²¹.

La RSBAP nunca pretendió cambiar el paradigma cerealista dual de la provincia. Al contrario, a través de la introducción de nuevas variedades, de la mejora del abonado, de cambios en los métodos de siembra (hileras u hoyos) pretendió au-

17. RSBAP, *Plan de una Sociedad económica o Academia de agricultura, ciencias, y artes útiles y comercio adaptado a las circunstancias, y economía particular de la M.N. y M.L. provincia de Guipúzcoa*, San Sebastián, Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, 1985 [1763].

18. Juan Astigarraga, *Los ilustrados vascos: ideas, instituciones y reformas económicas en España*, Madrid, Crítica, 2003.

19. Nicolás Arriquirbar, *Recreación política. Reflexiones sobre el amigo de los hombres en su tratado de población, considerado con respecto a nuestros intereses*, Bilbao, Instituto Vasco de Estadística, 1987 [1779].

20. RSBAP, *Ensayo de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País*, San Sebastián, Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, 1985 [1768].

21. RSBAP, *Extractos de las Juntas Generales celebradas por la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*, San Sebastián, Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, 1985 (originales de 1771 a 1793).

mentar su rendimiento. Nunca apostó por un país ganadero²². A lo sumo, se trataba de mejorar la alimentación del ganado a través de las plantas forrajeras y mejorarlo para ser un instrumento eficaz de tracción y de producción de carne, leche, abono y otros derivados. No hubo ilustrado alguno que se preocupara por la mejora del vacuno a través del cruzamiento. Solo hubo un intento, afortunadamente fracasado, de cruzar la oveja lacha con la merina de Castilla y de Flandes para mejorar su lana.

Poco a poco, la preocupación por la mejora del agro se orientó hacia la Llanada y la Rioja alavesas, en donde, se suponía, la agricultura tenía mucho de mejorable. Prueba de ello fue el empeño de que los caseros guipuzcoanos colonizaran la Llanada e impusieran sus formas e instituciones agrarias²³. Los sueños ilustrados se estrellaron frente a los «estorbos» institucionales, en este caso los de los propios organismos forales.

Todas estas experiencias no cayeron en saco roto. El método de ensayo-error perduró y las praderas artificiales de leguminosas vinieron para quedarse. El fracaso de la RSBAP fue relativo.

La RSBAP apostó también por iniciativas pedagógicas interesantes. Primeramente, por una Escuela de Labradores en Loiola. Posteriormente, orientó todas sus fuerzas al Seminario de Bergara, una escuela centrada mayormente en los estudios de mineralogía, de física y de química, en donde los estudios agronómicos, que estuvieron inicialmente previstos, nunca se implantaron.

V. La Escuela de Agricultura de Oñate (1851-1869)²⁴

Todas aquellas iniciativas dieciochescas emergieron medio siglo más tarde. Dos instituciones del periodo isabelino son destacables: Oñate y Yurreamendi.

Oñate era un antiguo condado medieval que, tras la división provincial de 1833, orientó su destino hacia su espacio natural e histórico: la Hermandad y la Provincia de Guipúzcoa. Tras su incorporación a la provincia en 1845, era una villa que frisaba los 6000 habitantes, una población comparable a las grandes villas guipuzcoanas de Azpeitia, Bergara o Tolosa. Entre los acuerdos de incorporación, uno señalaba que

22. Pedro Berriochoa, «Para limpiar las colmenas (...) una cuerda de clavicordio. Agrarismo en los inicios de la Bascongada», *Boletín de la RSBAP (LXX)*, San Sebastián, pp. 115-162.

23. Ídem, «Empirismo agrario en la Bascongada (y II)», *Boletín de la RSBAP (LXXI)*, San Sebastián, pp. 269-314.

24. Las fuentes más importantes de este punto provienen del Archivo General del Gobierno Vasco de Vitoria, del Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares y del Archivo General de Guipúzcoa de Tolosa. Pedro Berriochoa, *La Escuela de Agricultura de Oñate (1851-1869) y su época*, San Sebastián, edición propia, 2015.

corría a cargo de la provincia el mantenimiento económico de una institución pedagógica de nivel en el viejo caserón de la antigua Universidad de Oñate.

La Universidad era una institución de origen y hechura renacentistas creada en 1545 por un obispo *oñatiarra*, Rodrigo Mercado de Zuazola. Siempre fue un centro universitario modesto, con graves problemas económicos y pedagógicos, centrada en los estudios de Leyes, Cánones y Filosofía. Desde fines del siglo XVIII fue financiada en parte por las Juntas Generales de cada una de las Provincias Vascongadas.

Todos estos condicionantes, junto a los vaivenes en los estertores del Antiguo Régimen, la llevaron a una existencia complicada durante las primeras décadas del siglo XIX. Ahora bien, en este periodo de crisis es cuando tuvo una matrícula mayor, sobrepasó el medio millar de alumnos en vísperas de la I Guerra Carlista (1833-1839). El contexto bélico, junto a la competencia de Vitoria y Bergara, acabaron por arruinarla. En 1842 desapareció y se convirtió en un Instituto de Secundaria que, tras la apertura de otro en la cercana Bergara, cerró en 1850. Había que buscar alguna salida pedagógica acorde con el prestigio de Oñate.

La falta de definición pedagógica del liberalismo fue también otro rasgo de la época. En el campo agrario los liberales moderados tenían en mente un modelo de escuela para propietarios, mientras los progresistas se decantaban más por un modelo profesional técnico. Este fue el que se implantó en las llamadas escuelas prácticas.

En este *impasse* se creó la Escuela Práctica de Agricultura de Oñate (1851) que funcionó hasta 1869. Se trataba de una escuela isabelina, surgida tras el Plan Pidal de 1845, a cuya sombra se crearon aquellas escuelas especiales o prácticas. Estas escuelas, previas a la Ley Moyano de 1857, fueron el resultado de un confuso y cambiante panorama legal que a efectos educativos se instaló en España durante toda la primera mitad del siglo XIX y que, parece, no nos ha abandonado nunca.

Gipuzkoa ya contaba con una Escuela de Náutica y de Comercio en San Sebastián, a ellas se unió el Instituto de Bergara, con unas cátedras de ampliación orientadas hacia la industria. En 1851, en una suerte de división provincial de tipo pedagógico, a Oñate le tocó la de Agricultura: lógico en una villa que contaba con cuatro centenares de caseríos.

1. *Una escuela malquerida*

En este batiburrillo legal e institucional nace la Escuela de Oñate. Más que anhelada, como una solución a falta de otra cosa mejor. Su existencia, una vez dependiente de Fomento, otras de Instrucción Pública, tampoco fue ejemplo de estabilidad. Al mismo tiempo se crearon otras granjas experimentales, casas

modelo, escuelas prácticas... Las de Tudela, Nogales (León), Barcelona, Fortiannell (Girona), Córdoba o Sevilla serían otras escuelas de similar corte²⁵. Algunas de estas pasaron a ser Estudios de aplicación en los Institutos creados bajo la Ley Moyano. La Escuela de Agricultura de Oñate se convirtió en un fósil pedagógico poco querido por todo el mundo.

Cartañà menciona una veintena de proyectos que se abren a partir de 1850. El problema es que se mezclan escuelas con casas modelo, casas de labor o labranza, granjas experimentales, etc. Él mismo descarta intentos fallidos en Santander, Jerez, Salamanca, Sevilla, Marbella, Poblet, Orihuela, Segovia, Las Palmas o El Carmelo en Barcelona²⁶.

Sin lugar a dudas, el centro más cercano a la escuela de Oñate fue la Escuela de Agricultura de Tudela²⁷. Ambas partieron de un antiguo legado eclesiástico (el legado Castel Ruiz en su caso), ambas fueron institutos en los 40, ambos institutos fueron suprimidos en 1850, ambos se reconvirtieron en escuela de agricultura en 1850, ambas escuelas recibieron fondos provinciales, ambas fueron miradas desdeñosamente por la villa que las acogía, ambas tuvieron un excelente profesorado y un escaso alumnado, y ambas se nutrieron mayormente de chicos de su entorno. Son escuelas gemelas. Tudela cerró en 1859, Oñate aguantó diez años más.

La Escuela de Oñate es un ejemplo de la fragilidad y de la impotencia del Estado, que manejaba la *Gaceta de Madrid*, pero poco más. En medio de un panorama legal errático y de una administración azarosa y lejana, fueron las instituciones forales las que la financiaron con 27 500 reales anuales de los 45 000 de su presupuesto teórico. El resto lo cubría el Ayuntamiento (8 000) y el patrimonio de la propia Escuela (unos 9 000-10 000 rs, en función del precio del trigo de la renta en especie) que contaba con las rentas de ocho caseríos y unas inversiones en viejos censos. Así pues, si bien fue creada en un marco jurídico estatal, la Escuela tuvo siempre un soporte foral. El Estado no puso un duro. Con semejantes avals provinciales, el gobierno de la Nación se reservó la regulación pedagógica y burocrática, la designación de los profesores, la inspección y la emisión de títulos. Una labor sencilla y sumamente económica.

Tampoco la villa de Oñate mostró excesivo cariño por la escuela. Acostumbrada a la universidad, la escuela le pareció demasiada poca cosa para un antiguo

25. Antonio Luque, *Entre el vapor y el arado romano. Élités, Instituciones y Difusión del cambio técnico en al agricultura. Córdoba, 1770-1870*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2004, pp. 40-109.

26. Jordi Cartañà, *Agronomía e Ingenieros Agrónomos en la España del siglo XIX*, Barcelona, Serbal, 2005, pp. 73-97.

27. Reyes Berrueto, *Proyectos y realidades de enseñanza agrícola en Navarra en el siglo XIX. La Escuela de Agricultura de Tudela 1851-1859*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2007.

condado universitario, un «ludibrio» como dirá de ella el historiador de la Universidad Sancti Spiritus de Oñate²⁸.

La propia villa, incluso antes de que funcionaran los tres cursos de la Escuela, pidió la vuelta del instituto, más tarde una escuela normal o una universidad literaria, y luego persiguió durante más de una década el seminario diocesano de la naciente diócesis de Vitoria. Todo, antes de la desdichada escuela. No era para menos, la universidad fue durante siglos una fuente de ingresos para la villa condal. En 1850 se decía que su «existencia constituía el principal recurso de subsistencia del honrado y laborioso vecindario de aquella Villa» ¿Qué podía ofrecer la magra matrícula de la escuela?

Particular interés tuvo el que la Casa-Modelo de labranza se intentase situar en la villa. Este centro experimental agrario fue poco meditado y sobró la improvisación. Como ya veremos, se educó a dos becarios con los fondos provinciales en la prestigiosa École de Grignon (1850-1854). Cuando terminaron sus estudios, todavía no se había decidido la ubicación de la Casa-Modelo. Los alumnos, Jorge de Sagastume y Eugenio Garagarza, visitaron por dos veces Oñate. El diputado general de Guipúzcoa Eustasio Amilibia, con buen tino, había señalado en 1853 el ideal de que la Casa-Modelo quedara «enlazada con la teórica de Oñate»; sin embargo, se pedía una gran finca de más de 40 ha de superficie, preferiblemente junta, con calidades de terrenos y vocaciones diferentes. Los ocho caseríos de la Escuela no cumplían con esos requisitos, y, además, había que desalojar a los colonos. Lo mismo pasaba con otros caseríos de Oñate, regentados por colonos, cuyos propietarios estaban ausentes de la villa. Al final, ya lo veremos, se optó por Yurreamendi (Tolosa) que tenía las ventajas de su centralidad provincial, de su centralidad política (la capital provincial se encontró en Tolosa hasta 1854) y de que era una gran finca con una sola propiedad. Fue un error mayúsculo el que convivieran separadas y sin ningún tipo de relación la escuela de Oñate y la Casa-Modelo de Yurreamendi (Tolosa). El error se acrecienta si consideramos la pequeñez de la provincia. Su distancia y su falta de sinergia abocaron a ambas al cierre.

«Oñate jamás, ni ahora, ni antes, ni después, cejó en su tesón de restituir su amada Universidad a su primitivo destino» decía Lizarralde. En efecto, ya en los 60, tras ver que el proyecto del seminario se convertía en pura utopía se empezó a mencionar una universidad literaria vasco-navarra. Tras la caída del régimen isabelino, el decreto de 15 de octubre de 1868 abrió la mano a la libertad de apertura de instituciones educativas. Oñate señalaba a las Juntas que no quería «ya la escuela de agricultura», que deseaba «la antigua universidad con la segunda y la superior

28. José Adriano Lizarralde, *Historia de la Universidad de Sancti Spiritus de Oñate*, Tolosa, Imprenta de Isaac López Mendizabal, 1930, p. 401.

enseñanza». Con una celeridad sorprendente, se firmó un nuevo convenio con la provincia, se pasó a 90000 reales de subvención y en 1869 se cerró la escuela y se abrió la Universidad Libre, que incluía la enseñanza media y la superior de Derecho. «Aquel día, tan memorable en la historia de este pueblo, que celebró con públicos regocijos la realización de sus constantes aspiraciones», en palabras del nuevo rector Egaña, nadie echó de menos a la malquerida Escuela de Agricultura.

2. Los pormenores de la Escuela

A la escuela se ingresaba habiendo superado un examen básico aritmético y lingüístico. Los cursos eran tres. En primero se cursaban Matemáticas, Historia Natural y Dibujo Lineal. En segundo, continuación de Matemáticas, Ciencias aplicadas a la Agricultura y Dibujo Lineal y levantamiento de planos. En tercero, la enseñanza era más práctica e incluía Agricultura, Administración y Economía rural, y Lavado de planos.

No parece que fueran estudios excesivamente exigentes. Tres asignaturas por curso durante seis días semanales de octubre a junio no eran una carga académica excesiva. La carga horaria diaria se movía en una horquilla entre cuatro y seis horas.

Había alumnos que se matriculaban de materias sueltas. Las de primero, salvo las Ciencias, daban acceso a las escuelas de Comercio; las de segundo a las Industriales. Los estudios finales a las escuelas superiores de ingenieros, maestros de obras, aparejadores...

No existían la homogeneización y la estandarización de los estudios y las edades actuales. Hubo algún alumno que ingresó sin cumplir los 10 años, otros eran veinteañeros. Cuando la escuela se supeditó a los criterios de la Ley Moyano, no se pudo conseguir el título hasta tener cumplidos los 20 años.

Desde 1857 se impuso una reválida de fin de estudios bastante exigente que daba paso al título de «agrimensor y perito agrónomo» y desde mediados de los años 60, y tras varias visitas de los inspectores del Rectorado de la Universidad de Valladolid y de acuerdo con los estudios de ampliación de la Ley Moyano, de «agrimensor y perito tasador de tierras», un título que se consideraba inferior al primero que hasta entonces había sido expedido por Fomento.

La economía fue el fuerte de la escuela. El director no cobró en los 13 primeros años de existencia. El presupuesto se mantuvo fijo en los dieciocho años y también los sueldos de los profesores (8000 rs./año), salvo el del secretario y profesor de Dibujo que fue equiparado con el resto. Tras la dimisión del bedel en 1861, sus tareas le fueron asignadas al «capataz del campo de aplicación». El

director se hacía el loco para pagar las sustituciones... Con estos presupuestos y la fidelidad del dinero provincial su salud económica fue envidiable, al contrario que otras escuelas similares. En septiembre de 1864 atesoraba en caja casi el presupuesto de dos ejercicios.

Curiosamente, fue el «ludibrio» el que se encargó de sostener la fábrica de la plateresca y rutilante universidad. El edificio terminó la I Guerra Carlista en estado ruinoso, puesto que fue cuartel. Veinticinco años más tarde se inició un programa de reformas que incluyó el retejado, el enlosado, la creación de cátedras decentes, la mejora del claustro y sus balaustres, el adecentamiento y limpieza de los elementos artísticos...

La caja era tan buena y golosa que su mayordomo (el encargado de cobrar las rentas y administrar los haberes) se fugó con 50 000 reales en 1857. Era un *oñatiarra* de toda la vida. Exalumno de la vieja universidad, escribano, marido, abuelo, de una familia que se remontaba en la villa por lo menos al s. XVI, Pedro M^a Erostequi escapó con el capital, de puerto en puerto, para acabar muriendo al cabo de un mes en la lejana Cádiz. Un personaje novelesco, un antihéroe con final triste. Su mujer y su hija restituyeron con su casa la mayor parte del desfalco y salvaron el «honor» de la familia.

Para despejar tentaciones, el remanente de la escuela fue invertido en los años 60 en la Caja General de Depósitos, una especie de Tesoro público de la época. La inversión que rentaba al 5-6% ascendió a 60 000 reales, que se convirtieron en 40 000 por las obras. Sin embargo, le afectó la crisis financiera isabelina y los activos fueron rescatados con una quita del 10% del capital. A pesar de todo, la escuela dejó un buen dinero en caja a la Universidad Libre en 1869.

3. *Profesores y alumnos*

Los profesores eran cuatro: el de Matemáticas, el de Ciencias, el de Dibujo y el de Agricultura. Eran nombrados por la reina.

El de Matemáticas era un exjesuita de Azpeitia, Ignacio Bereciartua, que había sido profesor del instituto y que continuó en la escuela hasta el fin. Fue el único profesor del país.

El profesor de Dibujo, el sevillano Juan Antonio Conde (1821-1879), ya daba clases de Dibujo en la villa antes de la apertura de la escuela. Es el único que se naturalizó en la villa; se casó y murió en ella. Era el más flojo de todos ellos, en gran parte por su formación y también por sus graves problemas físicos.

Los profesores de Ciencias fueron varios. Enrique Mieg era ya profesor del instituto, era hijo de Juan Mieg (1780-1859), un científico traído por Fernan-

do VII desde el exilio de Francia a Palacio. Sus problemas de vista le hicieron dejar la escuela en 1861. Le sustituyó Melitón Atienza (1827-1890), veterinario, y, sobre todo, un especialista en arquitectura, diseño y aclimatación de plantas en jardines. Toda una autoridad. Solamente estuvo dos años en Oñate. Fue sustituido por un ingeniero agrónomo, Juan de Dios de la Puente, un profesor que estuvo hasta el final pasando a la Universidad Libre en 1869. Fue un hombre que más tarde desempeñó cargos importantes en su Córdoba natal y en el escalafón de Agricultura en Madrid.

Las cátedras de Agricultura de estas escuelas se tuvieron que cubrir con profesores que no habían cursado la carrera de Ingeniería, pues la Escuela de Ingenieros no se abrió hasta 1855, por lo que sus primeras promociones salieron en los 60. Los pioneros fueron técnicos como Atienza, aficionados a la agricultura, que habían completado su formación, muchas veces veterinaria, con clases en el Jardín Botánico. Es otro de los déficits del Estado: crear cátedras de Agricultura sin haber abierto la Escuela de Ingenieros Agrónomos. Marcelino Goya (1830-1885) era de Miranda de Ebro y tenía ese perfil. Permaneció en la escuela hasta 1863 y fue un miembro muy trabajador (cubrió las bajas de los profesores de Ciencias) y activo investigador. Le sustituyó un ingeniero agrónomo natural de Coca (Segovia), Francisco Arranz (1835-1894), que modernizó las semillas, máquinas y aperos de la escuela, lo que amplió el campo de experimentación. Posteriormente, ascendió en el escalafón como técnico del Ministerio, llegando a ser director de la Escuela Central de Ingenieros Agrónomos.

Los directores (Pedro Francisco de Larrañaga, Marcos Mendía, Larrañaga de nuevo, Francisco de Segura y Ambrosio de Gordo) fueron todos de Oñate, alumnos de la antigua universidad, ninguno de ellos profesor de la Escuela, como así especificaba el decreto de su constitución. Los inspectores insistieron en su sustitución por algún profesor, pero nunca se llevó a cabo tal relevo. Entre sus misiones estaba presidir la Junta Inspector, compuesta por miembros de la élite del pueblo, y que, salvo en el periodo de obras, apenas tuvo labor.

En general, parece que el nivel de sus profesores fue muy alto, sobre todo si lo enmarcamos en una escuela tan periférica y tan episódica como fue la de Oñate.

El díptico de propaganda de 1864 resaltaba el «porvenir (...) a los jóvenes (...) en una nación esencialmente agrícola» y «el gran desarrollo que esta ciencia va adquiriendo en toda la Nación». Asimismo, señalaba que los estudios estaban enfocados a «los hijos de los hacendados», pero también aseguraba una salida profesional como técnicos al frente «de granjas-modelos y centros de explotación», además de auxiliares de los ingenieros de montes, en las obras públicas y en la construcción del ferrocarril.

Un aspecto sorprendente, pero menos si tenemos el contexto de las otras escuelas españolas, es el pobre número de la matrícula. Nunca superó en total la cifra de 37 alumnos (1864/65 y 1865/66), siendo la cifra menor la de 15 (1861/62). La media y la moda son de 23 alumnos. Los números son malos si los comparamos con la vieja universidad, menos malos comparados con el Instituto y pueden resultar buenos comparados con otras escuelas agrícolas españolas.

Naturalmente, se matricularon muchos más alumnos en 1º (227 alumnos en 18 años) que en 2º (116) o en 3º (91). En general, dentro de la pobreza de matrícula se puede hablar de que la escuela se consolidó en los años 60, en parte debido al cierre de la escuela de Tudela en 1859.

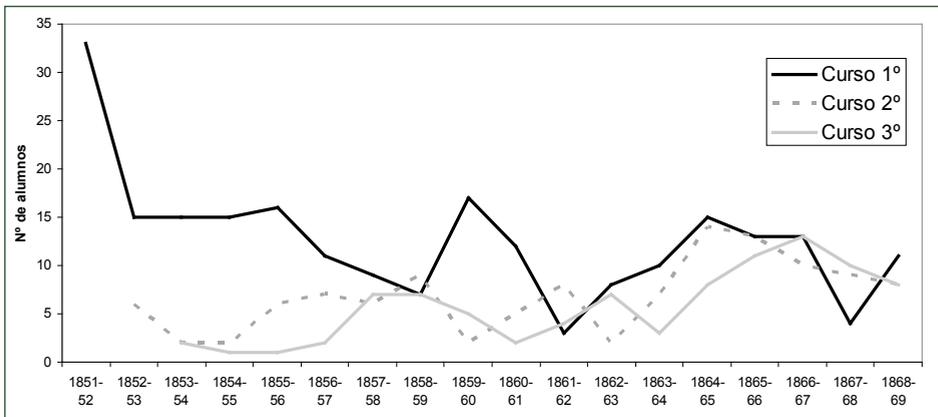


Figura 1. Número de alumnos matriculados por cursos.

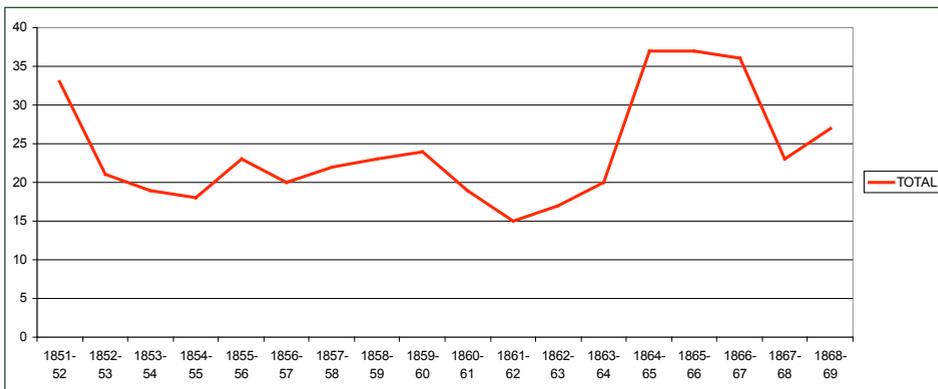


Figura 2. Número de alumnos matriculados en total.

Es difícil saber el origen social de los alumnos, pero por algunos indicios de sus expedientes se puede afirmar que eran mayoritariamente pertenecientes a la clase media: hijos de artesanos, de médicos, de maestros...

Respecto al origen geográfico, y analizando los alumnos revalidados, casi un 25 % eran de la propia Oñate; más de la mitad guipuzcoanos; dos tercios vascongados; un 14 % navarros; y del resto de España cerca de un 20 %, mayormente aragoneses y riojanos.

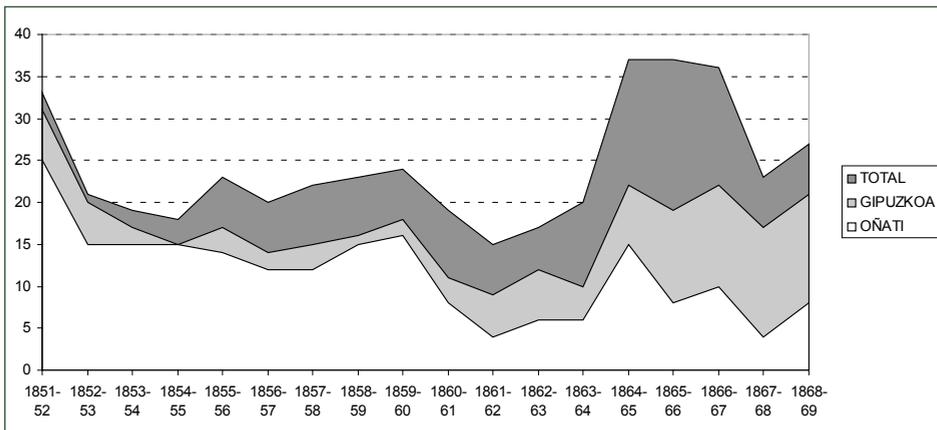


Figura 3. Procedencia de los alumnos.

El número de alumnos de la villa y el de abandonos fue mitigándose con el tiempo y, al revés, fue creciendo el porcentaje de alumnos foráneos.

VI. La Casa-Modelo de labranza de Yurreamendi (1856-1867)²⁹

Yurreamendi es una colina de Tolosa, villa que fue capital de la provincia durante una década (1844-1854). En su cumbre se alza hoy un edificio imponente levantado durante la I Guerra Mundial que fue la Casa de Beneficencia de Tolosa (la llamada Misericordia) y que hoy es una residencia de ancianos. Sin embargo,

29. Las fuentes archivísticas más importantes proceden del Archivo General de Guipúzcoa de Tolosa, del Archivo de la Casa de Olazábal y del Archivo Municipal de Tolosa.

Pedro Berriochoa, *Prácticas agrarias y relaciones sociales: la Casa-Modelo de labranza de Yurreamendi, Guipúzcoa, 1856-1867*, Madrid, La Catarata, 2016.

antiguamente fue un señorío medieval de renombre y luego un palacio solariego. Uno de sus últimos señores fue el fabulista Félix M^a de Samaniego (1744-1811), que a veces firmaba como señor de Yurreamendi. Samaniego, ilustrado «bascongado» y escritor neoclásico, fue un agrarista de fuste y no está demasiado reconocido en esta faceta.

Si Oñate tuvo un marco contextual pedagógico español, Yurreamendi es una institución eminentemente guipuzcoana, unida íntimamente a los organismos forales provinciales. Fue creada por las Juntas, pilotada por la Diputación y subvencionada por las arcas forales. Fue la primera institución foral fuera del propiamente aparato de gobierno administrativo provincial.

1. *Un contexto agrario para Yurreamendi*

Ya nos hemos referido al contexto histórico guipuzcoano de mediados del siglo XIX. Las instituciones forales, Juntas y Diputación, buscaban respuestas a los problemas agrarios de la provincia.

En 1848 se creó una Comisión de Fomento que fue la que echó a andar una serie de reformas. La primera fue la de primar la reforestación de los montes, creando e incentivando la creación de viveros y plantaciones forestales.

En seguida, su mirada se extendió al espacio agropecuario a través de un elenco de medidas. Una fue la de la celebración de exposiciones o concursos de ganado (1850-1870) de periodicidad trienal y luego bienal. Se trataba de premiar a las mejores reses vacunas de la provincia, de «excitar el celo» de los ganaderos, para que por emulación mejoraran su ganado. En un principio se premió solamente a los ejemplares de la raza local, la pirenaica. Sin embargo, a partir de 1860 se optó por tener en cuenta «no solo la raza guipuzcoana, sino también diversas extranjeras y mestizas». Los tiempos habían empezado a cambiar.

Otra iniciativa paralela a la anterior fue el establecimiento de una red de paradas de toros por los lugares más significativos de la provincia. El número de paradas provinciales fue aumentando, pasaban de las 20 en 1858. Muchos de los toros premiados en las exposiciones iban a estas paradas. El tipo de razas fue evolucionando y las razas extranjeras comenzaron a enseñorearse: 11 toros suizos, 5 normandos, 2 pirenaicos y 2 mestizos son los números de ese año. Igualmente, se creó la figura del inspector de paradas o «veterinario de la Provincia»: se trató de Francisco Javier Aramburu, veterinario de Aretxabaleta.

Otra medida fue la introducción del guano. Fue el eslabón entre el estiércol y los abonos orgánicos y los abonos químicos, que no consiguieron entrar con cierta fuerza hasta principios del siglo XX. La Diputación importó la *txori-*

simaorra (fiemo de ave) desde Londres, Burdeos o Bayona en diferentes partidas entre 1850 y 1864 para distribuir las en puntos comarcales importantes. En la Imprenta de la Provincia se escribieron e imprimieron ciertas instrucciones para su buen uso y su aplicación a cada cultivo en particular.

La última tesela de este mosaico sería la Escuela de Agricultura de Oñate, ya explicada en el punto anterior.

Particular interés tiene el contexto institucional vasco. La Casa-Modelo de Erandio (1852-1856) en Vizcaya y la Granja-Modelo de Arkaute (1853) en Álava son otros establecimientos hermanos de Yurreamendi en el tiempo y representan una buena prueba del músculo económico modernizador de las administraciones forales. Una prueba ante España de que la foralidad de las provincias «exentas» era útil y moderna.

Erandio fue un centro confuso desde su nacimiento. Un centro de iniciativa privada pero con sostén público. Su devenir fue errático en grado sumo: centro de floristería, vivero, parada de toros...³⁰ También, escuela. Un poco de todo, un mucho de nada.

Un centro mucho más interesante es Arkaute, un organismo que sobrevive más de siglo y medio después. Ahí es nada en el panorama español, tan falto de estabilidad. Fue un centro de experimentación agraria y escuela, aunque más parece que en aquella época buscara más la mano de obra barata que el alumnado. Fue uno de los directores de Yurreamendi, Eugenio de Garagarza, su segundo director (1857-1869). Con él alcanzó su proyección más importante. La introducción de la remolacha azucarera, la apuesta por los cultivos forrajeros y por la vaca suiza, la introducción de las razas porcinas inglesas y su cruzamiento con la del país, su interés por la mejora del vino de Rioja por el sistema del Medoc... son prueba de la importancia de su trabajo³¹.

30. Joseba Agirreazkuenaga, «Lanbide irakaskuntza XIX. menderdian: nekazaritzarako eskolaren sorrera, antolakundea eta amaiera Bizkaian (1851-1860)», *Cuadernos de Sección. Historia*, 8 (1986), pp. 81-98.

31. Jesús M^a Garayo, «Granjas modelo y transformaciones técnicas en la agricultura vasca (1850-1888)», en *Pensamiento agrario vasco: mitos y realidades (1766-1980)*, Bilbao, UPV, 1994, pp. 113 y ss.

Garagarza publicó anualmente sus *Anales de la Escuela Práctica de Agricultura*. He podido consultar los de 1859, 1860, 1862, 1863 y 1864; Eugenio de Garagarza, *Anales de la Escuela Práctica de Agricultura de esta M.N. y M.L. provincia de Álava [n. 3 (1859)]*, Vitoria, Imprenta de la viuda de Manteli e hijos, 1860; Eugenio de Garagarza, *Anales de la Escuela Práctica de Agricultura de esta M.N. y M.L. provincia de Álava [n. 4 (1860)]*, Vitoria, Imprenta de la viuda de Manteli e hijos, 1861; Eugenio de Garagarza, *Anales de la Escuela Práctica de Agricultura de esta M.N. y M.L. provincia de Álava [n. 6 (1862)]*, Vitoria, Imprenta de la viuda de Manteli e hijos, 1863; Eugenio de Garagarza,

Así pues, Yurreamendi nació en un contexto favorable, bien respaldado espacial y temporalmente. Tampoco podemos olvidar que los que la crearon, los componentes de la Comisión de Fomento, eran mayormente miembros de la oligarquía propietaria de caseríos (los *jauntxos*), muy interesados en rentabilizar sus propias propiedades arrendadas a colonos. Se trataría de una externalización de la investigación agraria que correría a cargo de las instituciones forales que estaban en sus manos.

2. *Los prolegómenos de Yurreamendi*

Frente al modelo del fichaje francés por el que optaron Erandio (Brouard) o Arkaute (Tronchon), en Yurreamendi se pretendió que los impulsores fueran dos chicos formados como becarios por la propia provincia.

Tras el pertinente concurso, fueron elegidos Eugenio de Garagarza (1827-1889) y Jorge de Sagastume (1829-?). Se les envió a la prestigiosa Escuela de Grignon, en las cercanías de París, un centro regional que combinaba enseñanza teórica y práctica. Permanecieron tres años bien pasados (1850-1854) y complementaron su preparación con numerosos viajes a regiones del norte de Francia, particularmente a Normandía. Siempre se consideraron ingenieros, aunque Grignon no era un centro de enseñanza superior.

Poseía la escuela un campo de experimentación enorme, 475 ha, con todo tipo de tierras, cultivos, máquinas, razas de todo tipo de animales... Era un organismo educativo y un centro de experimentación a lo grande. Su director Auguste Bella (1777-1856) fue su creador y dejó un poso de admiración entre sus alumnos, también entre nuestros becarios forales.

Si la preparación del factor humano fue óptima, no se puede decir lo mismo del factor material. Tras casi cuatro años en Francia, la Diputación no había encontrado el punto idóneo para la Casa-Modelo. Es verdad que se pedía una escala difícilmente suministrable por la montuosa Gipuzkoa: cerca de 40 ha preferentemente juntas.

En 1854 los becarios apostaron por Zubieta, barrio rural de San Sebastián. Ya nos hemos referido a cómo Oñate apostó por su villa, apoyándola en que ya tenía una escuela de agricultura. Al final, se optó por una salida centralista: Yurreamendi,

Anales de la Escuela Práctica de Agricultura de esta M.N. y M.L. provincia de Álava [n. 7 (1863)], Vitoria, Imprenta de la viuda de Manteli e hijos, 1864; Eugenio de Garagarza, *Anales de la Escuela Práctica de Agricultura de esta M.N. y M.L. provincia de Álava [n. 8 (1864)],* Vitoria, Imprenta de la viuda de Manteli e hijos, 1865.

una finca que no llegaba ni a la mitad de lo pedido, que formaba una colina (por lo que su calidad edáfica no era muy buena) y que estaba ocupada por varios colonos. Tenía la ventaja de estar en Tolosa (una villa de tanda foral y centrada geográficamente en la provincia) y lindante con la vía ferroviaria que se levantaba en la época. Fue una decisión mala desde el punto de vista agronómico. Además, hubo que salvar las muchas reticencias de su dueño, poco dispuesto a arrendar la finca.

3. *Yurreamendi echa a andar*

En marzo de 1856 se escrituró el arrendamiento de la finca por un periodo de 15 años. Por un lado las arrendatarias eran las hijas de León Manso, recientemente fallecido, y por otro la arrendadora era la Diputación de Gipuzkoa. Hubo que esperar un tiempo para desahuciar a los colonos y arreglar el palacio, bastante deteriorado, y adaptarlo a lo que iba a ser: un centro de experimentación agrario y la casa del director y su familia, así como la de algunos trabajadores.

Para mediados del 1857 la actividad de la finca comenzaba a ser regular. Mientras tanto, a comienzos de ese año, Eugenio de Gargaraza abandonó la co-dirección de la Casa-Modelo para pasar a la Granja de Arkaute, cerca de Vitoria: Jorge de Sagastume se convirtió en director único.

Las *Reseñas* del año agrario de 1857-1858 y sus *Memorias* de los años 1859, 1860, 1861 y 1862 son nuestra base de información³².

Sagastume se muestra como un agrónomo visionario. Apostó por un modelo ganadero y forrajero («Vivimos en un país eminentemente forrajero») frente al cerealista de su época. Vio que el ferrocarril que pasaba por delante de la finca iba a alterar profundamente las producciones agrarias y crear un mercado intercontinental. Previó que a poco tardar el propio ganado vacuno dejaría de ser la fuerza de tracción de los carros y los aperos aratorios. Otro aspecto que le honra es que dejó bien claro desde el principio que un centro experimental iba a ser siempre deficitario.

Sus apuestas por abandonar la alternativa tradicional y por implantar una rotación quinquenal, algo complicada pero propia de un centro de experiencias, no fueron entendidas. Tampoco se comprendieron sus ensayos de cruzamiento con especies foráneas como la schwitz, la durham, o la normanda. Al final se decantó por la raza schwitz tras razonamientos bien testados por la experiencia.

32. Jorge de Sagastume, *Reseñas de los trabajos ejecutados en la Casa-modelo de Agricultura de la M.N. y M.L. Provincia de Guipúzcoa*, Tolosa, Imprenta de la Provincia, 1858; *ibíd.*, 1859; *ibíd.*, 1860; *ibíd.*, 1861; *ibíd.*, 1862.

El último director fue otro *grignoniste*, Juan Antonio Olazábal (1862-1867), un vástago de una familia linajuda y *jauntxa*. Olazábal no dejó memorias ni reseñas, pero podemos seguir su estancia en la casa a través de sus papeles. Olazábal incrementó aun más el déficit y se decantó por la raza suiza sin vacilaciones. A través de los escritos del Archivo de la Casa de Olazábal³³, podemos ver su larga y penosa enfermedad y su agonía que coincidió con la decisión de las Juntas de suprimir la casa tras once años de existencia.

Las causas eran varias. Yurreamendi no era la finca adecuada y de nuevo en sus últimos años se volvió a mencionar el lugar del comienzo: Zubieta, a orillas del Oria y al lado de San Sebastián. Otra causa fue su elevada inversión, 720 000 reales, y su déficit constante y creciente.

Gorosábel, un notable liberal *tolosarra*, expuso una visión conservadora. El caserío, «el fondo de nuestra agricultura», era el adecuado al país tal como estaba, y las experiencias de la casa habían resultado infructuosas. Asimismo, expuso la idea liberal de que «el interés privado individual es el mejor agente [...] sin que la autoridad pública se ingiera en ellos de una manera directa». Por supuesto, atacó su elevado déficit, señalando que cómo los caseríos pequeños podrían seguir experiencia presupuestaria tan nefasta³⁴.

Yurreamendi se cerró en el otoño-invierno de 1867 a 1868. Olazábal había fallecido en septiembre de 1867 y fue necesaria la presencia de su pionero, Eugenio de Garagarza, que es el que se ocupó de su inventario, de realizar los lotes para su subasta y su liquidación.

La Diputación no pudo consumir el periodo de arrendamiento de 15 años y pasó a subarrendarlo a un individuo que a su vez lo subarrendó a varios colonos caseros.

4. *El legado de Yurreamendi*

No tenemos espacio suficiente para describir con detalle las experiencias de la casa. Nos remitiremos a las que han tenido una mayor proyección.

Indudablemente, su mayor activo es el esfuerzo por la mejora bovina. En Yurreamendi se vio que la selección era un camino lento y con un futuro incierto. Los tres directores optaron por el cruzamiento de la raza pirenaica con otras fo-

33. Archivo de la Casa de Olazábal, 000086, 000544, 0000545, 001946.

34. Pablo Gorosábel, *Noticia de las cosas memorables de Guipúzcoa*, t. I, Bilbao, La Gran Enciclopedia Vasca, 1972 [1869], pp. 373-375.

ráneas. Sagastume ensayó con la durham como raza carnífera y con la normanda como lechera. Pero tras ciertos titubeos, propios de un centro de experimentación, optó por la raza schwitz como la única que podría darle al casero del país todo aquello que necesitaba: tracción, leche y carne.

La raza schwitz ya había sido introducida en Grignon para 1828, y ya desde sus inicios, en 1857, hubo un toro schwitz en Yurreamendi. Sagastume lo dejó bien claro: «era la que más se armonizaba con las necesidades actuales del país». Pronto la importación de progenitores suizos desde la propia Suiza se convirtió en habitual. Yurreamendi, además, debía dar toros para la red de paradas provincial. Con Olazábal esta tendencia se incrementará. Era la raza de las «tres aptitudes», aquella que vino para quedarse no solo en Guipúzcoa, sino también en el País Vasco y en buena parte del norte de España hasta la mecanización de la década de 1960.

Otro legado perdurable fue el cruzamiento de la raza porcina del país, más alta y delgada, con las razas inglesas, mayormente yorkshire y berkshire, más cortas y cilíndricas, pero de rápido engorde y de enorme fecundidad.

Asimismo, se quedaron definitivamente los cultivos forrajeros. En especial, la remolacha forrajera, de la que Sagastume fue un acérrimo defensor, y las plantas herbáceas leguminosas, entre las que destacan la alfalfa y los varios tipos de trébol. Igualmente, se ensayaron mezclas de semillas para constituir prados permanentes. La pradera del país, que nos parece tan «natural», vino también para quedarse y alterar nuestro no tan tradicional paisaje.

En conclusión, Yurreamendi cambió o ayudó a cambiar, la dirección de la brújula del caserío: del viejo cerealista a otro más forrajero y ganadero.

El cierre de la casa fue señalada por las Juntas de 1867 como algo temporal, a expensas de tiempos mejores. Estos se demoraron. La falta de estabilidad del Sexenio dio paso a la II Guerra Carlista (1872-1876) y a la abolición foral (1876). Las nuevas diputaciones de la Restauración restañaron heridas, fueron ganando autonomía fiscal y administrativa con el Concierto (1878) y en 1896 la Diputación de Guipúzcoa compró la actual Granja-Escuela de Fraisoro, y uno de los primeros actos fue donarle el viejo sello de la Casa-Modelo de Yurreamendi. Pero esa es otra historia.

VII. Conclusiones

Gipuzkoa fue una provincia mayormente agraria hasta 1920. Su unidad económica era el caserío, una explotación mixta, pequeña y familiar. Los *baserritarras* eran mayormente colonos pobres sujetos a una renta variable en función del dueño, de la comarca y de la época, pero que tendió a la monetarización. Su

producción fundamental eran los cereales, pero en la segunda mitad del s. XIX se observa una creciente importancia del ganado vacuno.

Los sueños y las experiencias de los ilustrados guipuzcoanos de la RSBAP se quedaron en eso, apenas tuvieron continuidad. Quedaron las plantas forrajeras leguminosas y poco más. Sin embargo, el recuerdo de aquella institución, de aquellas experiencias, de la posibilidad de mejora y la del acento intensivo que predicaron quedaron en el recuerdo de las élites.

En el periodo comprendido entre 1850 y 1870, *grosso modo*, Gipuzkoa experimenta la paz civil, cierta estabilidad institucional y una moderada mejora económica. Es en esas dos décadas isabelinas cuando nacen estas dos experiencias agrarias: la Escuela de Agricultura de Oñate y la Casa-Modelo de Yurreamendi.

La Escuela de Agricultura de Oñate (1851-1869) fue un centro poco apreciado por la vieja villa universitaria. Supo a poco. Fue, como el resto de las escuelas de agricultura de la época, magra en alumnado, pero rica en enseñanza y con un profesorado competente.

La Casa-Modelo de Yurreamendi en Tolosa (1856-1867) fue una especie de centro de experimentación con el objetivo de mejorar el agro guipuzcoano. Se trató de una iniciativa eminentemente provincial. De sus experiencias son reseñables la mejora mediante cruzamiento del ganado vacuno, la introducción de la vaca schwitz, los cruzamientos porcinos con razas inglesas y la extensión de las plantas forrajeras. Se trata de cambios que perduraron.

El hecho de que fueran dos proyectos no convergentes, y el contexto convulso y bélico de la década que se avecinaba dieron al traste con estas dos iniciativas agrarias pioneras.

La existencia de centros semejantes refuerza la tesis de un sector agrario que busca reformarse, ser más eficiente y rentable, abriéndose a experiencias novedosas y pioneras. Las administraciones forales vascas destacaron particularmente en este empeño.